



Sonidos que sanan

Francisco Godinez Galay
Octubre 2015

¿Cuál es el rol del sonido y la radio en la recuperación de la memoria histórica y en la reparación de las fracturas sociales?

El sonido como materia de humanidad. Nuestra relación con el sonido

Somos seres sonoros. Tenemos una relación con el sonido como no la tenemos con nada más. Tanto en lo que respecta a percibirlo como a producirlo. Y esto tiene sus explicaciones.

La relación que entablamos con el sonido es íntima porque es nuestra primera forma de acceder al mundo: “(...) el sonido es el primer medio a través del cual conocemos el mundo” (Toop, 2013: 54). Según señala Hernández González (s/a), “el feto escucha sonidos dentro del útero materno (tales como los movimientos de la digestión, los ritmos cardíacos y la respiración de la madre). (...) El recién nacido se relaja cuando oye la voz de la madre”. Por lo tanto, confiamos en el sonido, porque nos constituimos como personas y nos relacionamos con el mundo, primero, a través de lo sonoro.

El sonido tiene una capacidad única para brindarnos información sobre el entorno. Con el sonido podemos saber qué sucede fuera de los límites de nuestra vista. El aroma difícilmente logra sus mismas distancias. Y ni hablar del tacto y el gusto. Asímos el mundo a través del sonido.

La preponderancia de la cultura visual es relativamente nueva en la historia de la Humanidad. Los medios electrónicos y la sociedad del espectáculo (Debord; 2008) han contribuido al culto a la imagen, pero



su explosión, apoyada en la fotografía, el cine, la televisión, y en la proliferación de las nuevas pantallas, es relativamente nueva. Y esas imágenes son poco y nada sin el apoyo sonoro. La fotografía es un soporte que sobrevive sin depender del sonido (aunque no es que en la fotografía no haya presencia de sonoridades). Pero es el antecedente del cine, que no se logró formar completamente sino hasta que se le integró el sonido. Además, mientras era mudo, sus proyecciones se acompañaban de sonido en vivo sin el cual era difícil encausar la comprensión de lo que se veía. El sonido construye los surcos por donde se vehiculiza mejor la percepción de una imagen.

La televisión, por su parte, nace sonora. Y la mayoría de los programas a los que hoy asistimos podrían entenderse sin mirarlos, pero nunca sin escucharlos. Hacemos un uso radiofónico del medio televisivo: prendemos el televisor para que nos acompañe mientras planchamos, limpiamos, cocinamos. Cosa que nunca hemos dejado de hacer con la radio.

El sonido funciona como un marco de referencia a nuestra experiencia de vida. Tanto en sus reminiscencias relacionadas a la vida del ser humano “salvaje”, como en la actualidad. El sonido nos envuelve, nos brinda información sobre un entorno circular mucho más específico que la imagen. Nuestra vista nos impone límites a la información visual, tanto en la lejanía como en el radio de alcance a nuestro alrededor. En cambio, el sonido nos llega por todos lados. Al ser vibración, lo percibimos con todo el cuerpo. Podemos entender de dónde viene cada estímulo sonoro con mucha precisión, diferenciar un sonido de otro, y obtener información de nuestro entorno aunque la fuente de esa información permanezca inaccesible para el resto de nuestros sentidos. Es cierto lo que señala David Toop acerca de que lo sonoro también tiene un importante componente de misterio, que puede ser “invisible, desconocido, siniestro” (Toop; 2013: 45): sonidos que no

alcanzamos a comprender, que no ubicamos su fuente, sonoridades inexplicables, ilusiones auditivas. Pero ese carácter misterioso, lejos de enemistarnos con el sonido, nos atrae, como todo lo inexplicable. Asimismo -lo retomaremos más adelante- confirma la capacidad que tiene el sonido de interpelarnos a nuestra razón y a nuestra emoción, a nuestra mente y a nuestro cuerpo, tanto positiva como negativamente. Veremos cómo esa capacidad puede ser explotada por la radio.

A pesar de las ilusiones y los engaños auditivos que se producen constantemente, nos hemos habituado a confiar en el sonido. Oímos el rugir de un predador mucho antes de verlo, y alcanzamos a refugiarnos. Lo mismo con el trueno, muchas veces anterior a la gran tormenta; o la vibración del suelo, anterior a los destrozos de un terremoto. Por eso, en una confluencia entre naturaleza y cultura (que es lo que somos como seres humanos), el sonido sigue teniendo para nosotros una importancia basal.

El desarrollo del sistema auditivo del hombre se produjo como consecuencia de su adaptación funcional al medio; su rol como elemento de captación de información proveniente del entorno fue fundamental en el mecanismo de supervivencia de la especie, sirviendo el oído como un medio de protección o alerta en situaciones de peligro o angustia. Las diferencias en intensidad de los sonidos que percibimos, los tiempos de llegada de la información a cada oído, la facultad de mantener el sentido alerta aún cuando dormimos son algunas de las aptitudes que la audición posee y la tornan en un importante instrumento de recolección de datos del entorno. (Herrero y Lutomicz; 2010:170)

El sonido en la comunicación

Esa importancia no solo lo es respecto de nuestra relación con el ambiente, sino también en la realización de nuestro sí y en nuestra relación con el otro, cosas que son indisolubles.

El ser humano es un animal social. No podemos



vivir si no es en comunidad. Necesitamos la protección del otro, y para eso necesitamos comunicarnos. Como seres humanos tenemos la necesidad de realizar las facultades que nos diferencian del resto de los seres vivos. Estas son, fundamentalmente, el raciocinio, el lenguaje y la comunicación, todas relacionadas. Somos seres sociales; tendemos, con nuestras falencias, a vivir en comunidad, a vivir en grupo. Y lo hacemos, para poder comunicarnos; a la vez que nos comunicamos para poder obtener los beneficios de vivir con otros. El resto de los seres vivos también se comunican. Lo que nos diferencia de ellos, es que lo hacemos de formas más sofisticadas y especializadas, gracias a nuestra capacidad de lenguaje, posibilitada por nuestro raciocinio, pero también por nuestra formación fisiológica:

Con ella (la voz) el hombre posee un instrumento de sonido rico en valores tonales. Debido al proceso biológico que sufre el feto humano y a la postura erecta del hombre, la laringe llegó a situarse en forma más independiente y desarrolló capacidades y cualidades vocales más ricas que en todos los demás mamíferos. (Meerlo, 1973: 185)

Somos seres sociales, que propendemos a vivir en comunidad para asegurar nuestra supervivencia. Y podemos vivir en comunidad gracias a la interacción habilitada por la comunicación. Y la comunicación es, en gran parte, sonido. Porque nos comunicamos con la voz, porque inventamos la música, porque los sonidos humanos tienen determinados significados. Creemos que Meerloo (1973: 210-211) hace una excelente caracterización del valor de la comunicación, con un gran énfasis en lo sonoro:

“Sintetizamos a continuación los diversos fines y funciones del habla y de la comunicación (...):

1. La necesidad de expresar, de dar salida a las emociones y estados de ánimo y disminuir la tensión interna. (...)
2. La necesidad de producir sonidos (...). Las

palabras y los ruidos nos protegen de la ansiedad. (...).

3. La necesidad de contacto, de vinculación y compañía. Esta necesidad despierta el deseo de coincidir en palabras, de ser agradable. El intercambio puede ser una mera jeringoza pero tener un tremendo efecto expresivo. La palabra sirve para salvar el espacio y la distancia entre los hombres. El hablar y el fantasear verbalmente se utilizan para acordar y lograr atención. (...).
4. La necesidad de comunicarse, de informar, de formular hechos. La palabra se transforma en un auténtico signo semántico. (...) La fisiología de este proceso es muy conocida. El mecanismo respiratorio cambia la calidad misma de la sangre a medida que se elimina continuamente anhídrido carbónico.
5. La necesidad de crear, de formular ideas, de producir. (...).
6. La necesidad de enfrentar el mundo, de tomar una posición. (...).
7. La necesidad de individuación, de autoafirmación y conciencia de la propia existencia. (...).”

Necesitamos producir sonido para habitar el mundo. Con la voz salimos de nuestro propio yo. Creando sonidos intervenimos el afuera, el ambiente.

El sonido, por tanto, es materia fundamental de vida humana, individual pero sobre todo social. Nos brinda información sobre el entorno y sobre los otros con quienes convivimos. Y nosotros, intervenimos en ese entorno y en el otro con nuestra propia producción sonora. Y somos en el mundo gracias a que podemos expresarnos, crear sonidos, música, y con eso modificar el entorno y modificar a los otros. Comunicarnos, en este sentido, es intercambiar, es dialogar, es un proceso de interacción fundamental. Y expresar, hablar, emplear la voz, nos sirve también de autoidentificación y autorreferencia en el mundo. La expresión que tiene posibilidad de impacto en un otro (y que por ende deja de ser mera expresión para



constituirse en comunicación) nos construye identidad, edifica nuestro yo. Y al marcar esa presencia, nos autorrealizamos y nos confirmamos como individuos con identidad en un escenario social.

El sonido nos ubica en un entorno, nos da equilibrio, nos da alerta. Tiene capacidad de apelación racional y emocional. Porque nos habla a la razón, nos ofrece datos, textos, pero también nos habla directamente al cuerpo, que tiene su lógica propia (Merleau-Ponty; 1957), nos produce sensaciones, emociones, nos puede erizar la piel, hacer temblar o aumentar los latidos del corazón. Tal es la fuerza de lo sonoro para nuestra experiencia.

Memoria y registro sonoro

El sonido se acerca tanto a nuestra experiencia, nos interpela, nos moviliza y nos hace comprender el entorno, que se hace indispensable para narrar la historia. Ante un otro (aspecto constructivo, dialógico, protagonizado por la comunicación) y ante nosotros mismos (aspecto autoidentitario, protagonizado por la expresión).

Antes de las posibilidades técnicas de grabar sonidos, el sonido ya tenía su protagonismo por su fuerza para describir un suceso e implicar al otro. El sonido era la biblioteca de historias más grande de la humanidad. Las narraciones viajaban de boca en boca y se mantenían vivas gracias a la narración oral, y sostenidas solamente con base al sonido y la memoria.

Se ejercitaba la memoria para poder acceder a esas historias, y poder multiplicarlas, prolongarlas, luchar contra la capacidad que siempre ha tenido el tiempo de ir tiñendo todo de olvido. Las palabras de las narraciones eran tatuadas en la memoria como huellas sonoras, porque también pensamos son sonidos (o sonoridades). En nuestro pensamiento utilizamos palabras, que tienen un timbre de voz, que incluyen entonaciones, silencios,

ritmos. Esa memoria ejercitada era la garantía de permanencia de las historias. Y el sonido de la voz, su materialización, reactivación y prolongación en el tiempo. Nuestras culturas son orales por esa capacidad del sonido de conmover, envolver, y porque confiamos en el sonido, le tenemos fidelidad, nos sentimos cercanos. Y porque el sonido nos permite imaginar y por ende ejercitar nuestra capacidad creativa, y ser agentes proactivos del proceso de comunicación.

En las culturas preelectrónicas y preimprenta, sonido y memoria se necesitaban, se realimentaban y eran la garantía de la transmisión de cultura, que tenía pocos autores individuales, porque era una construcción colectiva y del ejercicio de las facultades humanas sociales que ya describimos.

El empleo de ritmos e instrumentos musicales imitando a la naturaleza y su capacidad simétrica de presentar los sonidos (Schafer; 1976: 5)¹

pronto sirvieron para estandarizar sonoramente los procesos de comunicación y por ende otorgarles una pátina de seguridad en su proliferación. Contenidos por una melodía reconocible y repetible, los procesos rituales, culturales y sobre todo las historias, obtuvieron otro sello de permanencia que les sirvió para hacerse perennes. Los trovadores pusieron melodía a sus cuentos y pudieron facilitar su memorización, la memorización en quienes la escuchaban y su multiplicación exponencial. Más adelante, el artista, el pensador y el historiador, empezaron a explorar las formas de acercarse a la experiencia sonora a través del lenguaje, para poder acercarse a una descripción de los hechos y los pensamientos que fuera cada vez más parecida a la experiencia vívida que los sonidos entregaban en la vida cotidiana. Los sonidos, en definitiva, debían estar presentes,

¹ “Todo parece indicar más bien que (en un paisaje sonoro silvestre) los sonidos están sujetos a ciclos de actividad y reposo. Los productores de sonidos parecen saber cuándo deben actuar y cuándo deben callarse. Las diferentes especies de insectos, animales y pájaros, se complementan mutuamente, en unos ritmos diarios y estacionales de sincronizada belleza”. (Schafer; 1976: 5)



aunque fuera a través de la palabra escrita, muda y fría. Era necesario otorgar calor a esas impresiones. Artistas y pensadores, intentaron capturar, traducir, comunicar y conservar los aspectos sonoros en sus narraciones, porque en definitiva siempre fue necesario el sonido para contar historias y comprenderlas.

Cuando fue posible, el ser humano buscó por todos los medios generar la tecnología para capturar definitivamente la vida sonora. Esa búsqueda no es caprichosa: se necesitaba producir registros, archivo, memoria del presente, para que no se escurriera de forma tan efímera. Y capturar el sonido de los sucesos era posibilitar a que se pudiera acceder al alma de los hechos una y otra vez.

Con los desarrollos definitivos de las tecnologías de grabación, esa memoria imprescindible ya puede apoyarse en un dispositivo que la ayude y ensanche. Las tecnologías de registro y almacenamiento sonoros funcionan, diría McLuhan (1969), como una extensión del hombre. Permiten capturar el tiempo y agrandar el conocimiento. Si bien esta posibilidad reduce el ejercicio de la memoria (no la necesitamos tanto como antes), ella se sigue ejercitando para muchos fines, y la Humanidad ha generado tal cantidad de información, que terminan siendo imprescindibles las técnicas que permitan conservar más aspectos de nuestra Historia.

Hoy se puede tener acceso a los sonidos de la historia reciente, y lo que es igual de importante, registrar los sonidos del presente para la posteridad. No solo para su estudio y por una cuestión voyeurista lícita de espiar el pasado, sino también por la necesidad humana de autoidentificarse a través del sonido, de visitar su historia para comprenderla y cambiar su futuro cuando haga falta.

Sonido sin mediadores

El sonido tiene la capacidad de narrar la realidad entablando una relación próxima

con el oyente. Escuchar los sonidos de la Historia y las historias de forma “directa” nos pone en una relación menos mediada con la experiencia. Entrecorramos “directa” porque evidentemente escuchar un audio de archivo no es asistir a la experiencia, pero sí nos ubica en una posición más próxima que con el texto o la imagen visual. El sonido tiene la capacidad de generar la ilusión de proximidad, de borrar el dispositivo transportador, y de esa indiciabilidad de la que habla Fernández (2012: 55):

(...) El sonido, por ejemplo la voz, en general presupone la representación de su fuente, en este caso la del individuo portador y además, esto se combinaba con la posibilidad de la grabación fonográfica, lo que hacía que la radio nos pareciera cercana a la fotografía (...)
A nuestro entender, cuando hablamos hoy de indiciabilidad de la radio, deberemos anotar distintas maneras de aparición de esa dimensión signífica, entre ellas las siguientes:

- la captura del sonido (equivalente a la de la óptica fotográfica, algo debe haber estado allí, frente a algún dispositivo técnico, en el momento de la captura);
 - la toma directa (algo está allí, pero además, en este momento frente al dispositivo técnico; esto no ocurre con la fotografía o el cine; sí con la televisión en directo)
- (...)*

Al escuchar un testimonio directo, un paisaje sonoro, o un sonido en particular, no hay un tercero (el escritor, el narrador, el analista) que nos mastique la realidad y nos proteja de ella. Ese mediador se aparta y podemos acceder directamente a la recreación de lo vivido. Y el sonido tiene ese poder de transportarnos a cada historia, cada persona, cada paisaje y cada momento. Nos pone en diálogo intertemporal con aquello que sucedió en ese momento y queda plasmado en un audio al que podemos visitar como si viajáramos en el tiempo. Podemos ser testigos del pasado en tiempo actual; y nos vinculamos con ese otro tiempo y ese otro espacio muy directamente: solo nos separa de ellos la incapacidad de viajar hacia el pasado o de estar presentes en dos lugares a la vez. Tenemos la sensación inscrita en el



cuerpo, de que solo nos separa el dispositivo tecnológico que almacena aquel sonido.

Por supuesto que existen mediadores: aquella persona que grabó, esa pregunta que guió el testimonio, aquel aparato con que se hizo, aquel dispositivo en donde se almacenó, el recorte espacio-temporal elegido, aquel aparato en el que lo reproducimos. Pero se puede generar la sensación de borrar esos obstáculos intermedios. Como el sonido nos habla a la razón, pero también a lo sensorial y emotivo, aunque nuestra cabeza entienda que esa persona no suena aquí y ahora, nuestro cuerpo nos brindará su lógica propia de percepción, que nos acerca a implicarnos más íntimamente con esa historia; y ello por la fuerza fenomenológica del sonido.

Poder acceder una y otra vez, no ya a la descripción de una voz, sino a la mismísima voz grabada, nos deja desnudos frente a esa temporalidad, y nos deja casi rozarla con nuestro espíritu. Aquello que esa persona dijo en ese momento, y del modo en que lo dijo por esa única vez, ese instante irreplicable, es ahora un poco más repetible y nos puede transportar a la vivencia mágica de la vinculación con lo aparentemente irrecuperable. El poder del sonido y de su registro, pueden generar una relación de nosotros con nuestro entorno, con el otro y con nosotros mismos, ya no solo en presencia, sino también con ese entorno, ese otro y ese yo en ausencia, lo cual maximiza nuestra comprensión del mundo, de nuestro espacio y relativiza aquel poder del olvido sobre el irremediable paso del tiempo.

Sonido y conocimiento

El sonido, asimismo, es fundamental para la comprensión y conocimiento de cualquier temática. Es porque somos seres sonoros que retenemos y comprendemos mejor cuando algo se nos narra en voz alta que cuando lo leemos. Es por lo mismo que a algunas personas les facilita la comprensión estudiar leyendo en voz

alta. Y es por lo mismo que incluso cuando leemos en voz baja, si bien no hay sonido, hay sonoridad: leemos con una voz, con un timbre, con entonaciones, quizás difusas e intraducibles a un sonido real, pero es esa sonoridad interior la que nos dicta el texto a nuestra comprensión. De hecho, esto se comprueba cuando estamos leyendo un libro y nos “distraemos”, y sin darnos cuenta, hemos avanzado quizás un párrafo leyendo “sin escucharnos” y no podemos recordar sobre qué ha versado dicho párrafo. Allí la vista ha interpretado las letras y palabras, pero como nuestra voz interna estaba “pensando en otra cosa”, no fue suficiente para lograr anoticiarnos de lo que leíamos.

Por ende, el sonido sigue siendo importante para comprender y asir el mundo. Y esa facultad puede explotarse en procesos de reparación social.

El valor del testimonio sonoro

El testimonio tiene muchos valores. Y el testimonio sonoro, algunas particularidades que los intensifican.

El narrador

Por un lado, narrar la propia historia tiene el valor de poner al narrador en una situación de expresión concreta. En un primer movimiento, el primer oyente es uno mismo. Narrar, y hacerlo con la voz, permite **escucharse** a quien narra. Le permite salir de sí mismo y reconocerse como protagonista de lo que cuenta. Y eso sirve para construir **identidad**, hacia uno y hacia los demás, y **posicionarse**, sobre todo cuando no se ha tenido los medios para decirle al mundo quién uno es. O dicho de otro modo:

¿Historia, para qué?

Porque en la Historia de Chile no aparecemos, no se habla de algún poblador, de su vida, de su trabajo.

Porque así sabemos quiénes son nuestros amigos (los que han estado junto a nosotros) y quiénes nuestros enemigos



*(desde los explotadores a los “lobos con piel de oveja”)
Porque tomando conciencia de nuestra marcha podemos evitar la confusión, la desesperanza de avanzar lento, la desesperación. Sabemos así quiénes somos y adónde avanzamos.*

Queremos, en algún momento, llegar a contar con una historia en que nos reconozcamos todos, en el que todos seamos considerados porque somos personas cuyas existencias merecen dejar huella en el tiempo. (Grupo de Educación y Recreación Las Patotas... ¡Y qué!; 2012: 16)

Esto, combinado con el esfuerzo narrativo que hay que hacer para ser comprendido, **ordena** la propia historia, ordena las propias ideas. Allí aparecerán vacíos en el relato, dudas, incógnitas sobre la historia propia, que no hubieran sido visitadas si nunca se hubiera exteriorizado ese relato. La conciencia sobre las partes faltantes del cuento, permiten al narrador, por un lado, saber qué cosas tiene que averiguar, preguntar, conocer para **reconstruir** su pasado. Y por otro lado, aleja la experiencia del ámbito del **tabú**. Y todo lo que es tabú es impedimento, es quietud: no puede transformar, ni mejorar, ni sanar. Ejercitar la memoria y revisarla a través de la narración permite sacudir lo que Germán Rey llama “olvidos fortuitos o intencionados”:

La memoria permite la continuidad, la relación entre los acontecimientos y la elaboración de relatos que al integrarse llenan los vacíos y los olvidos fortuitos o intencionados... Es fundamental, entonces, que los medios y procesos de comunicación contribuyan a una reconstrucción de la memoria, como una de las condiciones para salir del entramado de violencias. (Citado en Tamayo Gómez; 2008: 171)

Además de esto, hay una utilidad concreta en **exteriorizar** lo vivido. Ya no como forma de expresar, ni como modo de brindar información, ni como herramienta para encontrar los baches y reconstruirse, sino para ir poniendo en palabras propias la angustia que aunque nos hagamos los sordos, sigue haciendo ruido adentro nuestro. Contar nos quita la carga de llevar solos una historia pesada: “la

narración como medio de catarsis colectiva y terapia social” (Estripeaut-Bourjac; 2010: 174).

Asimismo, cuando esa narración está siendo escuchada, registrada y se tiene la seguridad (o al menos la perspectiva), de que será replicada, esa expresión no solo vale en sí misma (para escucharse, para liberarse, para ordenarse, para entenderse), sino que vale en su perspectiva concreta de transformarse en **información** útil para un otro, y de transformarse en **comunicación** (entendida como intercambio). Esa comunicación, ese diálogo macro que provoca relatar y escuchar todas las historias, permite hacer un proceso similar al mencionado en el párrafo anterior, pero ya no en lo individual, sino en lo colectivo, en lo social. Llenar los baches de la historia, atar cabos, poder relacionar acontecimientos que permanecían desconectados por no exteriorizarse, realzando la información pero también las voces de los protagonistas, permite ir **reparando** las fracturas individuales y también sociales; retejer las redes descosidas:

La narración se asume como una estrategia de constitución de subjetividad y colectividad, de producción de conocimiento y memoria, de juegos de seducción y conexión (Franco, Nieto, Rincón; 2010: 5)

También tiene el rol fundamental de ofrecer **otra mirada** sobre los acontecimientos, la de cada interpretación, la de cada verdad y visión de mundo, que contraste con las miradas hegemónicas, que muchas veces son las que representan al poder, las que tienen más minutos de micrófono. En este sentido, poner los testimonios populares, en su sonido, y en posición de alimentar el debate público, es un gesto reparador, liberador, que reconstruye justicia.

El analista

El analista puede contar con mucha más información sobre las historias cuando éstas se registran en sonidos, y cuando se le da



valor a esos sonidos. Suele ser frecuente que antropólogos, sociólogos, comunicadores, graben entrevistas para después desgrabarlas y analizar textos. En el camino queda la mitad de la **información**. Convierten experiencias en datos. El complejo de inferioridad que tienen las ciencias sociales hace que quieran imitar todo el tiempo a las ciencias duras: pasar todo a tablas, a números, a estadísticas. Y no comprenden que incluso para esos propósitos es vital prestar atención a los testimonios sonoros: ¿cuántos silencios hacen las víctimas de tortura de una dictadura al narrar su historia? ¿Dónde los hacen? ¿Coincide el rol del silencio en todos los testimonios? Las palabras que más se usan para describir lo vivido, ¿coinciden con el habla habitual de la comunidad o están influidas por la forma de narrar de los medios de comunicación y los funcionarios? ¿Cómo nombran la experiencia propia? ¿En qué momento el entrevistado suspira?

Ni hablar de los **paisajes sonoros**. ¿Los qué? Los científicos sociales que se preocupan por recuperar esas historias, ¿se preocupan por recolectar testimonios en los lugares en donde viven sus protagonistas? ¿Será lo mismo escuchar a un campesino hablando del conflicto interno de Colombia, haciendo mención a su mundo, si lo hace en su propio entorno (con los sonidos de su naturaleza, con sus gallinas, con los cantos de las aves), que si lo hace en un estudio de grabación?

Otra utilidad desde el análisis corresponde a la posibilidad de **comparación** entre testimonios de una y otra época, de uno y otro lugar. Una misma persona, ¿cuenta las cosas de la misma forma con un año de diferencia entre el primer testimonio y el segundo? ¿Qué le cambia? Su entorno, ¿suena igual o ha cambiado algo en el paisaje sonoro que explica alguna modificación cultural o viceversa?

El oyente

Por otra parte, **escuchar** las voces de víctimas

o implicados de alguna problemática, nos pone en una relación más cercana con el tema. No es lo mismo, por todo el expuesto, leer una historia a que nos la cuenten. Y tampoco es lo mismo que nos la cuente un tercero a que nos la cuente un protagonista, y ello se debe principalmente a la **forma** en que puede contarlos, con sus entonaciones y silencios, y a que entablaremos una relación más cercana e identificada con la problemática al saber que esa voz que escuchamos es la voz de quien padeció aquello que narra. Que ese sonido sale de la garganta de la persona que vivió lo que ese sonido nos está contando. Ese relato nos transporta al lugar y el momento de lo que narra. Esa presencia del sonido de esas voces, elimina el silencio entendido aquí como tabú, como ocultamiento, como misterio que no ha sido revisitado integralmente, y por ende, que no ha podido ser exorcizado. Dice Oliver (1973: 366):

Thomas Mann, en su estudio ficticio de una comunidad de pacientes tuberculosos, La montaña mágica, declaró que “el habla es la civilización misma. La palabra, incluso la más contradictoria, preserva el contacto -es el silencio lo que aísla-”

Es decir, que no solo importa el testimonio por su contenido, sino por el hecho de estar ahí, marcando una presencia contigua a la nuestra como oyentes, interpelando nuestra sensibilidad, mostrándonos una historia no como un número, sino como algo que le ha sucedido a un alguien identificable y casi palpable. Y que lo identificamos de forma muy íntima a través de su voz, lo percibimos como un similar, por la potencia fenomenológica que siempre ha tenido el sonido para la experiencia humana. Por lo mismo es que también interesa rescatar el cómo. Los testimonios de protagonistas de la Historia no valen solo por lo que dicen, sino por cómo lo dicen. Esto, que parece un lugar común y una verdad de perogrullo, no ha logrado traducirse en una gimnasia de recolección, archivo y generación de productos de comunicación.



El rol de las fonotecas, las productoras y las radios

Por esto es la gran importancia que tienen los archivos y las productoras y emisoras de radio en la puesta pública de las narraciones populares sobre eventos lamentablemente habituales en nuestra región, tales como conflictos armados internos, dictaduras militares, genocidios y catástrofes naturales. Son nuestro patrimonio sonoro. Las posibilidades de trabajo podrían dividirse en registro, producción y divulgación.

Registro

Es importante el trabajo que puedan hacer emisoras, periodistas, fonotecas y académicos en el registro sonoro de las historias que pueden narrar un conflicto, sea que éste esté sucediendo o que sea parte del pasado. Este registro incluye, como lo venimos diciendo, captar los **testimonios** de protagonistas y testigos para que cuenten su verdad. Las voces relegadas no valen solo por los textos que transportan. Valen por cómo suenan (volumen, timbre, cantito), por cómo se construyen (lengua, dialecto y léxico), por el silencio y el error:

Víctor Cassaus (...) advierte que un testimonio se malogra cuando: *“...se ha quedado en la epidermis informativa; cuando ha acumulado información sin lograr una estructura coherente; cuando el autor ha pensado que todo se reduce a apretar el botón de la grabadora; cuando ha ‘pulido’ el testimonio obtenido de un informante hasta eliminar los valores de su habla particular (...).”* (Citado en Tobón; 2010: 54)

Pero también incluye capturar los paisajes sonoros que los ambientan, las músicas que dan marco a cada región, el medio ambiente sonoro que aporta que esa historia sea de un modo y no de otro, y a que también sea leída como tal: “Hay que contar esos sonidos, esos detalles, esas marcas cotidianas del relato que constituyen nuestros territorios y culturas para generar identificación y profundidad al relato”

(Rincón; 2007: 8).

Lo diferencial de hacer un registro sonoro respecto de otros tipos de soporte, reside no solo en lo que mencionábamos de la riqueza que tienen los sonidos para narrar, comunicar y construir una historia más cercana e interpeladora. El registro sonoro es fundamental para ir hacia las voces más relegadas porque es **menos invasivo**. Confiar una historia a un desconocido no es fácil. Por más que sea liberador, en muchos casos se trata de narraciones que no han sido expresadas en años, que remueven los cimientos de cada individuo, que destapan heridas. Que las empiezan a curar, es cierto, pero que primero las devuelven al presente. En ese sentido, el registro sonoro es menos invasivo que el fotográfico o audiovisual. La cámara siempre es un dedo acusador. El grabador, en cambio, se va borrando de la escena con el correr de la conversación. Brinda una mayor sensación de intimidad, de confianza, y por lo tanto, afecta menos el relato. Pensémoslo en nosotros mismos: si tenemos en frente una cámara encendida, un reflector y un micrófono, ¿nos podremos relajar lo suficiente como para contar las cosas como deseábamos contarlas? Y más cuando se trata de temas sensibles. Por lo mismo, concentrarse solo en el sonido, quita una preocupación al entrevistado: no importa dónde mire, cómo se vistió, si tiene una cicatriz que lo avergüenza o si su casa está desordenada. El grabador lo protegerá de esas preocupaciones: solo debe encargarse de narrar.

Por otra parte, el registro sonoro no implica mayores conocimientos de parte de quien entrevista. Tampoco necesita un gran equipamiento tecnológico ni muchas personas trabajando en el lugar (y por lo tanto, invadiendo la intimidad de la escena).

Entonces, amén de su poder para comunicar otros aspectos y otras texturas, el registro sonoro tiene el beneficio de su relativa



facilidad, su relativo **bajo costo**, y su poder para generar intromisiones más **amables** en la vida y el contexto del otro.

Podemos pensar no solamente en registros de testimonios individuales, sino también tener en cuenta el registro de **testimonios colectivos**, charlas, sean informales o no, entre distintos protagonistas ciudadanos. Esto permite registrar textos y voces en diálogo, captar el instante en que se genera el intercambio, en todo su esplendor sonoro.

Registrar esas narraciones es registrar para el futuro las voces que con sus vivencias servirán para reconstruir la Historia. Es necesario, por tanto, disponibilizar esos audios en fonotecas, archivos de emisoras, archivos en línea. Y, sobre todo, generar productos radiofónicos atractivos para que esas verdades sean escuchadas y empiecen a sanar las heridas sociales.

Producción

Un desafío posterior al registro es el de generar piezas sonoras **atractivas** con esos archivos. No alcanza con recopilar las historias, narraciones y sonidos. También hay que realizar contenidos divertidos, innovadores, que den ganas de escuchar. Una primera opción es realizar ciclos de entrevistas o informes periodísticos con lo registrado. Pero si comprendemos en el importante rol que tiene o puede tener el registro de los sonidos reales, de las personas reales, y de las historias reales en la reconstitución individual y colectiva y en la reparación social, no podemos publicar contenidos chatos. Debemos atraer al público, hacer que se acerquen a esos relatos. Solo de ese modo cumplirán los objetivos comunicativos que desborden la mera autorrealización de la expresión.

Pensaremos en nuevas **formas** de contar con los sonidos (Godínez Galay; 2014). Pensaremos entonces en crear radioteatros y radionovelas con base a las historias

recuperadas, y con sonidos reales del paisaje. Pensaremos en documentales sonoros, en los cuales la información se presenta con una decidida preocupación estética. Pensaremos en las herramientas que nos puede brindar la experimentación sonora y en la posibilidad de utilizar el radioarte con fines sociales (Godínez Galay; 2012). Pensaremos en narrativas transmedia, donde la radio sea la protagonista, pero se desborde hacia otras plataformas, continuando las historias en video, redes sociales, gráfica y hasta en el espacio público de la comunidad. Pensaremos en instalaciones sonoras en lugares transitados. Pensaremos, por qué no, en abordar estos géneros a partir de la técnica de collage, que nos permitirá combinar materias sonoras de distinto orden: entrevistas, paisajes sonoros, testimonios, audios de archivo, dramatizaciones, recreaciones, experimentación sonora, que dialoguen entre sí para construir un contenido radiofónico dinámico y multicolor.

Pensaremos también en el **humor**. No solo con el sufrimiento la ciudadanía ha atravesado historias de fractura social. El humor siempre ha sido la herramienta que nos permite resistir, mantenernos fuertes, burlarnos del agresor. Recuperemos, entonces, el humor de la vida cotidiana. Reencontremos la anécdota como género narrativo en medio de las historias de horror. Mostremos a los protagonistas del sufrimiento en toda su dimensión de personas: es decir, que lloran pero que también saben reír. No le tengamos miedo a desacralizar las vivencias de contextos complejos. No hay mejor forma para derrotar la violencia que responderle con la risa; decirle que no ha podido ni podrá tirarnos al suelo.

Tener en cuenta el valor de las voces, los sonidos, las músicas y los silencios propios de cada persona y cada comunidad, será fundamental a la hora de salir a registrar y a la hora de pensar producciones bellas y que hagan justicia a la importancia del sonido en el relato y en el reconocimiento de quiénes somos.



Divulgación

Si hablamos del impacto informativo y simbólico de las narraciones y sonidos pasados y presentes en contextos de violencia o tragedia, pondremos especial atención en la divulgación, tanto de los registros en crudo, como de las producciones radiofónicas que los realcen.

La **radio**, entonces, tiene una responsabilidad social en esta materia. Por todo lo expuesto anteriormente, la radio es el soporte indicado desde donde se exorcizan las historias de angustia.

La radio, por sus características diferenciales como soporte, tiene posibilidades que otros medios no tienen en la vinculación con la comunidad, en la intermediación ante los problemas (López Vigil; 2004) y en la construcción participativa de la identidad y de las soluciones comunes:

(...) la mediación de la radio en los procesos de cultura y convivencia denota gran importancia puesto que genera el escenario para poner a conversar a los actores en conflicto frente a problemáticas identificadas; hace fluir los intereses de las partes y los pone en común con la audiencia para que también adquiriera una visión completa de los hechos que rodean las situaciones. (Rodríguez, Cadavid, Durán; 2008: 157)

La radio potencia la imaginación, genera confianza, cercanía, fidelidad (Godínez Galay; 2011: 11). La radio, por ser sonora, es capaz de hablarle no solo a la razón sino a las emociones como ningún otro medio.

La **radio pública** tiene una responsabilidad puntual por tanto debe erigirse como un espacio diverso y que aporte a la reconstitución del tejido social. Los recursos con los que cuenta hacen viable pensar en fonotecas, museos sonoros, y producciones de calidad y arriesgadas en torno a las problemáticas propias de cada nación.

La **radio comunitaria**, por su parte,

interesa por su vocación social, su inserción en la comunidad, su horizontalidad, y por funcionar como espacio social de interacción. Ese múltiple rol como informadora, como espacio de reunión, como intermediaria ante los problemas y como impulsora de que sus oyentes tengan la capacidad también de hablar, la hace particularmente importante a la hora de pensar en procesos de memoria y reparación.

La radio comunitaria es por excelencia el lugar para ejercer el derecho a la comunicación; lo decimos siempre (Godínez Galay; 2011). Espacios que no solo funcionan por su emisión, sino que también por ser espacios físicos de encuentro, donde hablar y ser escuchado, donde conocerse y reconocerse. Pues bien, fomentemos ese aspecto de la radio para generar relatos desde la comunidad sobre los problemas de la comunidad y sobre sus visiones acerca de los conflictos. Queremos una historia no como una verdad científica del pasado, sino como una disputa por el sentido. El de la radio comunitaria, alternativa o ciudadana debería ser el primer micrófono que se abra a las vivencias de sus habitantes próximos, y así comenzar a alejar tabúes o el prejuicio de que nuestras historias no son dignas de ser contadas. Es allí donde comienza la ciudadanía a ejercer derechos:

La comunicación popular recupera el habla para el pueblo. Un "habla" no solo cercenada (...) sino aplastada y desvalorizada desde siempre para los actores sociales y las grandes masas del pueblo. A través del incipiente ejercicio de un derecho, el pueblo comienza a reconocerse a sí mismo como actor -individual y colectivo- con necesidades, sentimientos y propuestas de solución propias. Sujeto de una cultura. Actor de su destino (...). (Ossandón; 2012: 29)

La comunidad necesita dialogar, necesita sacar a la luz temas que entran en el silencio de los grandes medios, o que quedan en los relatos de las grandes versiones, y no dan lugar a que miles de experiencias personales tomen entidad. Por eso, las radios y en particular las comunitarias,



deberían buscarle la vuelta a generar formatos y contenidos donde la comunidad dialogue: mesas redondas, talleres grabados que luego se emitan para que los miembros de la comunidad se reconozcan, programas con línea abierta, móviles en las casas de los miembros de la comunidad, escucha de testimonios a otras personas para su discusión y registro. Y todas las formas narrativas que antes esbozamos.

Ahora bien, el rol de las radios sociales (agrupando a las comunitarias, ciudadanas, alternativas, pero también las públicas y universitarias) no exime a las **radios comerciales** de una responsabilidad que también deben tener. Porque no solo deberían ser empresas que busquen un rédito económico. Por tratarse su “mercancía” de algo socialmente fundamental, también tienen cuentas que rendir respecto de su rol en el fortalecimiento de los lazos sociales. Pensar que como son empresas no tienen obligaciones ciudadanas es librarlas de un trabajo que deberían ayudar a hacer.

A su vez, hoy debemos pensar no solamente en el rol de las emisoras en la divulgación de contenidos radiofónicos. Hay una escucha directa a través de **plataformas web** que incluye reproducción en línea en directo de cada emisora, posibilidad de reproducir en línea cuando el oyente lo decide o de descargar el contenido para su escucha posterior, que puede ser portátil. Sabiendo esta realidad, deberemos tener en cuenta producir versiones de nuestros contenidos que faciliten su divulgación. Esto incluye convertir contenidos largos a contenidos en entregas, o con versiones más cortas. Las piezas cortas son más manejables, tanto para su escucha online como para su descarga y para ser escuchadas en tiempos de espera, que abundan sobre todo en la vida urbana.

Recapitulando

Hablando de cualquier fractura social, pero más concretamente de las dictaduras militares,

las guerras, los conflictos armados como los derivados del narcotráfico, o las catástrofes naturales, deberemos traer aquí dos conceptos: el de **derecho a la comunicación** y el de **libertad de expresión**. El primero es uno que preferimos por ser más abarcador y por hacer énfasis en el intercambio, en el diálogo, en el ida y vuelta que nos hace ser humanos.

Pero también es importante la libertad de expresión, entendida como el derecho de todos y todas a exponer su visión de mundo ante uno mismo y los demás. Si bien la libertad de expresión alude a una sola porción del proceso comunicativo (yo digo lo que quiero, no importa tanto que me escuchen, como sí en el concepto de derecho a la comunicación), es importante en cuanto a los temas tratados aquí por **tres cuestiones** centrales.

1. Por un lado, porque expresar permite ordenar las ideas, revisar la experiencia, revisitarla para poder pasarla a la voz, lo cual siempre es positivo en sociedades que han callado, a las que han convencido de que no tenían voz, cuando lo que no tenían era micrófono.
2. A su vez, expresar es fundamental para constituirnos como personas. Somos porque decimos que somos. Somos porque podemos definirnos, describirnos. En ese sentido, es importante que los protagonistas y afectados cuenten sus historias, con sus formas de contar, que muchas veces cuentan más que la historia misma.
3. Y en tercer lugar, y aquí entra la radio, debemos ser capaces de impulsar la generación de testimonios, de narraciones propias desde el sentir popular, de evadir los silencios. Y registrar esas historias. El registro y la puesta en público de esas historias constituye un mapa fidedigno de la sensibilidad de una nación, de la subjetividad de los protagonistas de un conflicto, que somos todos y todas.

No es lo mismo registrar las narraciones



populares y luego traducirlas a texto escrito para que sean leídas, que escucharlas de primera mano. En la traducción eliminamos los silencios, los tonos, las dudas, los matices de la voz. Tenemos que revalorizar el sonido como materia de la experiencia y de la memoria subjetiva. Tanto para potenciar la capacidad de decir, como la capacidad de escuchar.

La comunicación como diálogo, como interacción, es esencialmente sonora. Porque el sonido tiene la capacidad de habitarlos en cuerpo y mente. Por eso es que es tan importante el rol que puede ocupar la radio tanto en la recuperación de la memoria social como en la reparación de sus fisuras. Tenemos muchos pendientes en la lista:

1. Esos sonidos forman parte del patrimonio histórico y cultural inmaterial de una sociedad. Muchas veces dejado de lado, pero cómo no definir una comunidad o una cultura a través de sus tonos de hablar, de su música, de los sonidos ambiente característicos que también cuentan historias y que hacen única a cada cultura. **Construiremos el patrimonio sonoro.**
2. Esos registros son acervo cultural que debe ser puesto a disposición para su revisión histórica y la reconstrucción de quiénes somos a través de las voces de quienes se definen y definen su situación. **Crearemos fonotecas y museos sonoros.**
3. Además, podemos y debemos elaborar contenidos radiofónicos con ellos, recuperarlos hacia lo dinámico, lo entretenido, lo interesante. Elaborar géneros nuevos que sean estéticos, bellos, basados en voces reales, documentales sonoros, radioarte. Recuperar las historias para dramatizarlas, hacer ficción, campañas de bien público. Al margen de lo que el sonido propio de esos testimonios puede darnos sin aditivos. Y allí debe estar presente la radio social para experimentar y hacer una radio más atractiva que use estos elementos. **Haremos contenidos**

radiofónicos creativos.

4. Y podemos estudiar no solo de qué hablan esas narraciones, sino sobre todo cómo lo hacen. Estudiar sus formas, sus tonos, sus pausas, sus silencios, como ya lo señalábamos. Y también sacar conclusiones de qué términos usa la comunidad con más frecuencia para referirse a qué cosas, y qué puede significar esto. Qué términos “se copian” de la agenda de los grandes medios, y cuáles son propios y por qué. **Estudiaremos las formas del decir.**

Pensemos a **la historia propia como una gran radio.** Existen miles de voces que esperan ser escuchadas cuando corramos el dial y las encontremos. Existen músicas que nos hablan de quiénes somos. Existen sonidos de la naturaleza y de las ciudades que habitamos, de los gestos, movimientos, lugares, en donde cada persona vive. Y existe el silencio contra el que debemos batallar para sacar a la luz más voces que narren desde sí mismas para un otro que podrá escuchar y hacer su propia narración. Y también los silencios narrativos que a veces cuentan más que mil palabras: no los borremos de nuestros registros, porque tienen valor.

La **memoria** a través de la radio no se trata solo de registrar narraciones sobre el pasado a miembros de la comunidad, para traerlas al presente y entenderlas, asumirlas, procesarlas. Se trata también de registrar el presente para construir el acervo sonoro del mañana.

A través del **sonido**, además, podemos recuperar no solo voces que hoy cuenten el pasado, sino voces de archivo de otras épocas (testimonios, audios históricos, transmisiones radiofónicas) y resignificarlos, revisitarlos y reinterpretarlos.

La ventaja es que el sonido tiene esta doble apelación racional-emocional, y que los archivos sonoros son fáciles de manejar, mejorar, producir y editar para generar contenidos.



La ventaja de la entrevista radiofónica es que no es invasiva. Recupera directamente el sentir del entrevistado, o sus reacciones, pero a partir de la intimidad. Un grabador sobre una mesa empieza a borrarse cuando uno comienza hablar. Y una cámara, unas luces y un micrófono de jirafa, siempre intimidan.

La **reparación** empieza a venir por ese lado: procesar la historia de cada uno, es empezar a curar heridas, a sacarlas del fondo oscuro en donde pensamos que no duelen pero siguen estremeciendo, a eliminar los tabúes, las prohibiciones, los miedos y las angustias. Y eso es reparador. Hablar sobre los problemas es reparador. Escucharse es reparador. Ser escuchado es reparador. Aprender a escuchar al otro es reparador. Contribuir a la reconstrucción de la historia en común repara individual y socialmente.

Cuando podemos poner en palabras lo que llevamos dentro, lo empezamos a desmitificar, nos autorrealizamos. Exteriorizarlo ya es reparador. Esas historias merecen ser recuperadas. Eso permite a la sociedad toda reconstruir su rompecabezas, su puzzle, juntar sus miles de historias, con sus ángulos y sus perspectivas y así empezar a rellenar los baches que provoca el silencio impuesto desde afuera.

Desde la radio podemos multiplicar la potencia de esos sonidos.

Bibliografía

Debord, Guy. (2008). *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: La Marca Editora.

Estripeaut-Bourjac, Marie. (2010). La urgencia del relato, hoy, en Colombia. En Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar. *Tácticas y estrategias para contar*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung (pp. 172-180).

Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar. (2010). *Tácticas y estrategias para contar*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung.

Godínez Galay, Francisco. (2011) *El Radiodrama en la comunicación de mensajes sociales*. Buenos Aires: Ediciones del Jinete Insomne.

----- (2012). ¿Puede el radioarte tener fines sociales?. Buenos Aires: Centro de Producciones Radiofónicas. Recuperado el 2 de diciembre de 2014 desde <http://cpr.org.ar/2012/06/puede-el-radioarte-tener-fines-sociales/>

----- (2014). *Nuevas estéticas en la radio social e independiente*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación, Fundación Friedrich Ebert. Recuperado el 2 de diciembre de 2014 desde http://www.fesmedia-latin-america.org/uploads/media/Perspectivas_2.2014_-_Nuevas_est%C3%A9ticas_en_la_radio_social_e_independiente.pdf

Godínez Galay, Francisco y Binder, Inés. (2012). *Comunicar o no ser. Vinculaciones entre el derecho a la comunicación, la cultura libre y el copyleft*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación, Fundación Friedrich Ebert. Recuperado el 3 de diciembre de 2014 desde <http://www.fesmedia-latin-america.org/>



uploads/media/Comunicar_o_no_ser.pdf

Grupo de Educación y Recreación Las Patotas... ¡Y qué! (2012). Historia de la población Santa Adriana. En ECO-Educación y Comunicaciones; Garcés, Mario; Villela, Hugo. La persistencia de la memoria popular. Santiago de Chile: ECO-Educación y Comunicaciones (pp. 15-56).

Hernández González, Eduardo (s/a). La música y el desarrollo cerebral infantil. En <http://www.psicologia-online.com/infantil/musica.shtml>. Recuperado el 16 de julio de 2015.

Herrero, Alejandro, y Lutowicz, Analía (2010), "La memoria sonora. Una nueva mirada para a historia argentina reciente", en Espinosa, Susana (comp.), Escritos sobre audiovisión, Libro 4, Edunla Cooperativa, Universidad Nacional de Lanús, Argentina.

López Vigil, José Ignacio. (2004). Ciudadana radio. Limas: Radialistas Apasionadas y Apasionados.

McLuhan, Marshall. (1969). La comprensión de los medios como las extensiones del hombre. México DF: Editorial Diana.

Merleau-Ponty, Maurice. (1957). Fenomenología de la percepción. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Meerloo, Joost (1973). Contribuciones de la psiquiatría a la comunicación humana. En Dance, Frank (comp.) (1973). Teoría de la comunicación humana. pp. 179-218. Troquel. Buenos Aires.

Ossandón, Fernando. (2012). Lugar de la comunicación popular en la democratización de las comunicaciones en Chile. En ECO-Educación y Comunicaciones; Ortega, Juan. La disputa por la palabra. Santiago de Chile: ECO-Educación y Comunicaciones (pp. 17-33).

Rincón, Omar. (2007). La fórmula de la comunicación ciudadana: + ciudadanía + narración + activismo. En AA.VV., Ya no es posible el silencio. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung (pp. 5-11).

Rodríguez, Clemencia; Cadavid, Amparo; Durán, Orley. (2008). De la violencia al discurso. En Rodríguez, Clemencia (editora). Lo que le vamos quitando a la guerra. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung (pp. 141-167).

Schafer, Murray (1976), "El mundo del sonido. Los sonidos del mundo", en El Correo de la UNESCO, año 39, noviembre de 1976, pp. 4-8.

Tamayo Gómez, Camilo. (2008). Relatos de presente e imaginarios de futuro. En Rodríguez, Clemencia (editora). Lo que le vamos quitando a la guerra. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung (pp. 169-175).

Tobón, Natalia. (2010). La realidad y la ficción del testimonio. En Franco, Natalia; Nieto, Patricia; Rincón, Omar. Tácticas y estrategias para contar. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung (pp. 43-65).

Toop, David (2013). Resonancia siniestra. El oyente como médium. Buenos Aires; Caja Negra.



Autor

Francisco Godínez Galay
Director Centro de
producciones radiofónicas
francisco@cpr.org.ar

Buenos Aires, Argentina

Pie de imprenta

**Fundación Friedrich Ebert
Stiftung**

Responsable

**FES Comunicación para América
Latina**
Calle 71 # 11 - 90
Bogotá, Colombia

omar.rincon@fescol.org.co

FES Comunicación

Es una unidad regional de análisis de la comunicación para América Latina de la Friedrich Ebert Stiftung.

Su objetivo es producir conocimiento para hacer de la comunicación una estrategia fundamental del diálogo político y la profundización de la democracia social. El conocimiento y la red de expertos de FES Comunicación apoyan el trabajo sociopolítico de la red de oficinas FES en América Latina.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente, los puntos de vista de la Friedrich Ebert Stiftung.